

La ruptura familiar, grave problema educativo

Partimos de que el término "familia rota" debe abarcar a las que carecen definitivamente de uno de los padres de origen. No incluye a las que se encuentran disociadas temporalmente por el trabajo, la condena jurídica o la guerra y se aceptan en cambio como tales a las que habiendo sido reconstruidas por nueva unión de los adultos, uno de ellos no es el padre natural de la prole.

El alcance cuantitativo del problema es mayor de lo que parece a priori. Aunque se dan amplios márgenes de oscilación según las clases sociales, el país o la religión, entre el 10 por 100 y el 20 por 100 de los niños de nuestro mundo occidental sufren la situación, la mitad por orfandad y el resto por divorcio o abandono voluntario de uno de los padres.

A raíz de las grandes conmociones sociales o políticas las cifras se incrementan a veces hasta el 50 por 100 y alcanzan a países que no sufrieron directamente la crisis. Estas variaciones implican a todos los tipos de ruptura, desde las que se realizan por muerte de uno de los padres hasta las que se hacen por divorcio o ilegitimidad.

El porcentaje español de hijos ilegítimos puede servir de ejemplo de las alteraciones indirectas. Manteniéndose por debajo de 4,88 por 100 desde 1900 a 1914, pasa a 6 por 100 entre 1918 y 1930, para descender posteriormente y alcanzar una nueva elevación entre 1943 y 1946 (1945 = 6,26 por 100). Los dos períodos de mayor altura están, pues, fuera de los grandes acontecimientos interiores y guardan relación con las crisis internacionales de estos períodos. Un fenómeno equivalente se observa en las cifras de viudos que forman nuevos hogares.

Desde el punto de vista cualitativo, el grupo permanece muy complejo a pesar de las delimitaciones que hemos hecho al comienzo. Para estudiar los condicionamientos hay que tener en cuenta la causa de la ruptura y el sexo del progenitor que falta, de una parte; la manera de comportarse el medio ante casos análogos, de otra. Ante el problema del hijo ilegítimo las actitudes sociales pueden variar extraordinariamente. Mientras en determinadas capas sociales el hijo ilegítimo puede aceptarse como un fenómeno normal, en otras implica una afrenta inolvidable que exige conductas específicas. Hay situaciones en las que no se debe hacer distinción entre divorcio y lo que con razón se ha dado por llamar el "divorcio de los pobres".

CONDICIONAMIENTOS IMPUESTOS POR LA RUPTURA.

La ruptura del grupo familiar arrastra, sin embargo, en la mayoría de los casos, una multitud de factores degradantes.

Desde el punto de vista del niño, la muerte de uno de los padres implica una serie de cambios y peligros. En primer lugar se pierde el filiocentrismo de todo hogar normal. El amor parental, al menos el de los primeros años, difícilmente puede ser sustituido. No sólo implica la inhibición de reflejos agresivos y de

defensa, sino también subordinación instintiva al pequeño y valoración incondicional de él. Cada padre tiende a sentir su hijo como algo distinto, infinitamente más valioso que los demás y con ello aporta un clima emocional indispensable al buen desarrollo.

Sin afirmar que el niño se ve frustrado en sus necesidades materiales a causa de la ruptura, cosa que no siempre es cierta, la conciencia de seguridad y el mismo equilibrio emotivo tiende a disminuir especialmente en los niños pequeños. Casi al mismo tiempo que cambia su medio físico, es decir, los lugares por los que correteaba tranquilo y en los que había adquirido todo un mundo de experiencias y la conciencia de sí mismo, la relación y dependencia de las personas que el niño bien puede llamar "suyas" a justo título por haber establecido con ellas lentos lazos de seguridad, de identificación y de oposición, cambia y se rasga bruscamente no tanto por la misma escisión de la familia cuanto por sus consecuencias. La muerte o separación del padre suele implicar para la madre la disminución de sus posibilidades económicas y a causa de ellas la búsqueda de trabajo con menor posibilidad de dedicación al hogar; o la reincorporación a su primitiva familia. Cuando lo que falta es la madre, el nuevo matrimonio del padre, el abandono de los hijos en internado o la sujeción a familiares y criados son las consecuencias más corrientes.

SOLUCIONES PATERNALES AL PROBLEMA DE LA RUPTURA DESDE EL PUNTO DE VISTA DEL NIÑO.

El padre que queda puede enfrentarse con la situación de tres formas distintas psicológica y socialmente: a) creando un nuevo hogar; b) entregando los niños a instituciones especializadas; c) aceptando la ruptura y haciéndola frente unido a sus hijos.

A) Nuevo matrimonio de los padres.—El matrimonio del padre viudo o de la madre es un fenómeno muy frecuente, sobre todo si son jóvenes o si el viudo es varón. Los datos estadísticos españoles confirman la cuantía de los viudos que se casan, la mayor frecuencia de matrimonios si lo que falta es la mujer y el influjo de las perturbaciones sociales.

La tan traídas y llevadas relaciones de los chicos con los padres políticos constituyen un verdadero problema que debe ser abordado psicológica y educativamente. Cuando hay madrastra o padrastro la interacción padre-madre-hijo pierde forzosamente naturalidad y se carga de tensión. El niño tiende a sentirse extraño y desplazado en un hogar que no es el antiguo, con nuevas imágenes e ideales parentales, y se hace susceptible y exigente. La madrastra, aunque llegue a aceptar afectivamente a los hijos del marido y a sublimar su natural tendencia a posponerlos a los hijos propios, cosa de por sí difícil y expuesta a todos los avatares de la vida conyugal, tiene que enfrentarse con un cúmulo de obstáculos. El superar la oposición y las susceptibilidades de los miembros de la familia y sobre todo las de los hijos y el hacer frente a las necesidades y problemas de un hogar ya hecho al que ha de acomodarse sin haber tenido tiempo ni experiencia para ello, la ponen a prueba continuamente. Los años que han transcu-

rrido desde el comienzo del matrimonio constituyen en la madre normal un grado de experiencias que la permiten identificarse fácilmente con los miembros del grupo y acometer las frustraciones del matrimonio. Para la advenediza, en cambio, que se encuentra de la noche a la mañana en la embarazosa necesidad de conocer, tratar y ayudar a un conjunto de seres ya unidos por otros motivos, es una carga pesada. Tras unos posiblemente sinceros esfuerzos iniciales, es comprensible y normal que las preocupaciones de la madrastra se desplacen y que las relaciones madrastra-hijos entren en una viciosa espiral centrífuga de nocivas consecuencias, sobre todo cuando existe prole propia: la madrastra justificará la falta de apego por los hijos adoptivos y sus preferencias por los propios en el comportamiento de aquéllos y los ahijados, su mal carácter y agresividad por la postura de ésta.

Cuando el nuevo hogar se crea por el divorcio de los verdaderos padres o por su separación jurídica, a estos problemas se acumulan otros propios de la situación. Los chicos han sido testigos antes de la ruptura, de críticas y escándalos e intuyen la disarmonía en la mayoría de los casos sin comprender la causa. Unas veces sufren el vacío o la indiferencia, otras el halago independiente y tenso de cada uno de los bandos; otras, el ser tomado como cabeza de turco para la personal compensación (refugio en los hijos) o para la descarga afectiva (chicos símbolos del otro cónyuge). Después de la separación el problema continúa cuando el chico es adscrito a uno de los padres.

B) Confinamiento en instituciones especiales.—La separación de los hijos, adscribiéndolos a instituciones especiales (orfanatos, guarderías, internados) o a familias dedicadas a ello, parece en principio una solución ventajosa. Son formas de estar "técnicas". Permiten mayores cuidados higiénicos y escolares; ofrecen un medio más homogéneo en el que la anómala situación familiar del niño no puede disonar por hallarse dentro de un grupo que se encuentra en circunstancias análogas. Dificultan el conocimiento directo y las reacciones de las familias rotas. Incitan y controlan los contactos con los padres.

Sin embargo, esta solución no es tan buena como parece. Para estudiarla la vamos a dividir en dos periodos:

I. Si la entrada en el Internado se efectúa en los tres primeros años de vida, aunque se acepte un tanto de exageración en los estudios de los últimos años, no se puede negar que el niño está expuesto al conjunto de tramas definido por Spitz ya en 1945 bajo el nombre de "hospitalismo": Tras una primera etapa de lloros y tensión, que puede durar hasta tres semanas, los niños parecen acomodarse a la nueva vida, pero las alteraciones se siguen observando en tres grandes áreas (1):

(1) Pueden consultarse para ello: Spitz, R. A.: *Hospitalismo*, "Sauvegarde", págs. 6-33, dic. 1949. Feldman, H.: *Carencia de amor maternal: sus repercusiones sobre el desarrollo intelectual*, "Rev. Psic. Gen. y Aplicada", págs. 391-403, 1955. Rowntree, J.: *Early childhood in broken families*, "Pop. St.", 8, págs. 247-63, 1955. Puede consultarse una amplia bibliografía en: García Yagüe, J.: *La ruptura familiar como problema psicológico*, "Rev. Psic. Gen. y Apl.", 1958 (en prensa).

a) *Trastornos físicos*: palidez, pérdida de peso y del apetito, diarreas, menor resistencia a las enfermedades, etc. El índice de mortalidad de los internados para niños pequeños y el de nivel de desarrollo físico de los que están en ellos es peor, pese a la vigilancia médica, que el que ofrecen los niños de familias miserables, sin higiene, e incluso los de madres negligentes. Siempre ha sido proverbial la exagerada mortalidad de las casas para huérfanos y sobre todo de las de expósitos, y aunque en ello se conjugan otras causas (taras hereditarias, pobreza de los centros, etc.), la realidad es que el problema va más allá de ellas y lleva siglos preocupando. Hablando concretamente de España, Trespalacios, en 1798, y Uriz, en 1801, mostraron con sus escritos la madurez psicológica y pedagógica de un problema que arrastraba anualmente a la muerte a los dos tercios de los acogidos, en aquel tiempo unos 20.000. Y sin embargo, 1921 registraba aún 10 casas de expósitos provinciales con mortalidad superior al 40 por 100; 1930, tres; 1940, ocho, y 1950, dos. La cifra es enorme cuando se comparan con los índices que tiene la población de la misma edad y región.

b) *Trastornos de la personalidad*. Su característica está en la apatía, exagerada búsqueda de dependencia. Los chicos tienden a pasar sin intermitencia de la extrema familiaridad y fijación a la repulsa injustificada.

Las diversas formas de ansiedad y regresión (enuresis, sueño agitado, onicofagia, etc.) son corrientes en estos internados.

c) *Trastornos intelectuales*. Desde el punto de vista mental parece observarse un menor progreso en el desarrollo que además se recupera muy difícilmente. Las experiencias de Spitz y Wolf y los trabajos de Brunet o Golfard no dejan lugar a dudas.

II. Cuando el ingreso en las Instituciones se hace a partir de los seis o siete años, las circunstancias cambian. No se puede ya decir de forma universal que disminuya el progreso intelectual o físico ni que aumenten los sentimientos de inferioridad o las tendencias al ensueño. Y sin embargo, el micromundo relativamente cerrado que tienen estas instituciones, la excesiva rutina y ordenación de las actividades y el menor número de estímulos y de conflictos que aportan convierte a los orfanatos y quizá a todos los internados en una fuente de trastornos específicos. Aunque los dos mayores conflictos se van a dar a la entrada y a la salida de la institución, la psicología del niño interno no está carente de rasgos típicos que podemos reducir a tres importantes (2): a) disminución de la tensión psíquica individual; b) infantilismo simplicista en la manera de comprender y de enfrentarse con la vida; y c) desadaptación social.

El más típico de los fenómenos observables a primera vista está en la falta de tensión en los chicos, al menos mientras permanecen en el Centro. Es fácil encontrarlos tumbados por todas partes, solos o en grupos, inactivos, despreocupados; fracasan con

(2) García Yagüe, J.: *Facetas psicológicas del niño de orfanato*, "Rev. Psic. Gen. y Apl.", págs. 721-4, octubre-diciembre 1951. También puede consultarse: Doumic, A.: *Reactions affectives de l'enfant en internat*, "Rev. de Neuropsychiat. Inf.", págs. 153-63, marzo-abril 1957.

frecuencia en estudios y tareas para las que psicológicamente están capacitados cuando son nuevos o elevadas desde un punto de vista social y cuando han de entrar en rivalidad con elementos extraños al colegio aunque sean de menor aptitud; se aferran terca y agresivamente a una ilusión profesional para abandonarlas semanas después.

La atonía suele ser concomitante con las fanfarroñadas, el oposicionismo y las posturas pesimistas y desconfiadas ante lo que les rodea. Se quejan frecuentemente de todo; muestran su desprecio y repugnancia por muchos alimentos que habrían sido aceptados y alabados en otras circunstancias o por otros chicos; toman cualquier pequeña frustración como síntoma de una situación injusta.

En nuestros controles experimentales hemos encontrado diferencias significativas con la población normal en el deseo de obtener buenas notas escolares, la presunción carente de base, los sentimientos no objetivos de debilidad, de sufrir malos tratos y de estar mal trajeados y en la creencia de que son muy feos (3). Todo ello sin llegar, al menos externamente, a crear grandes conflictos personales por la superficialidad y la atonía de los que los poseen.

Si desde el punto de vista caracterial los chicos anormales no salen perjudicados por la convivencia, los deficientes mentales se resienten mucho más. En nuestro caso concreto, todos los oligofrénicos que habíamos señalado en 1950 en uno de los colegios (una docena) salieron posteriormente de la institución de forma anormal, la mayoría expulsados ante la imposibilidad de corregir sus repetidos latrocinios o por su crueldad para con los de menor edad. Posiblemente una de las características de la mayor parte de este tipo de instituciones reside en su específica nocividad para los que física e intelectualmente rebasan los límites que el grupo y los mismos profesores aceptan como normales.

C) Permanencia con el padre viudo.—Si los chicos permanecen unidos a uno de los padres que hace frente al futuro desde su viudedad, las consecuencias sobre el equilibrio de la personalidad pueden ser menos perceptibles y en ocasiones positivas.

Cuando el fallecido es idealizado, olvidando sus defectos a causa de la desaparición, tiende a operar sobre el grupo y se convierte en uno de sus continuos puntos de referencia y censura. El padre se convierte entonces en una sombra que actúa. Otras veces es el padre que vive quien adquiere con la situación una mayor tensión y sentido de la responsabilidad. Finalmente, hay ocasiones, sobre todo cuando el desaparecido lo fué por servir a la sociedad o está considerado por ella como un sujeto ejemplar, en las que el medio excita la tensión de la familia y la obliga a seguir paradigmas beneficiosos para ellas.

En numerosas ocasiones, sin embargo, la situación de la familia se altera materialmente. Cuando lo que falta es el padre, y esto es lo más corriente, se reducen los ingresos y la madre se ve obligada a buscar trabajo fuera de casa o a rendirse física y moralmente a las dificultades. Son estos cambios los que

provocan muchos de los conocidos trastornos de los chicos huérfanos, especialmente su abandono, su rápida madurez y su entrada en el mundo laboral o las desmesuradas exigencias que se hacen sobre uno de los hermanos mayores, sobre todo hacia el del mismo sexo que el del padre difunto.

Desde el punto de vista ético, aún nos podemos adentrar en dos nuevos peligros. Uno de ellos, más frecuente cuando el huérfano es varón, se atisba al tender el hijo a ocupar agresivamente el puesto del padre difunto y esclavizar a la madre. Las observaciones llevadas a cabo durante la guerra, en las que millares de familias quedaron artificialmente rotas por la marcha del padre, han puesto penosamente de manifiesto la frecuencia y las consecuencias del dominio del hogar por estos amor de menos de catorce años.

El otro peligro hay que buscarlo en la tendencia de padres viudos, y sobre todo de la madre, a desplazar inconscientemente su erotismo frustrado hacia los hijos, sobre todo cuando sólo hay uno. A veces se ha llegado a situaciones y abusos incomprensibles. El excesivo arropamiento y la creación de fijaciones a los padres de tipo patológico ante las que el chico puede no ser capaz de reaccionar en toda su vida, limitándole y siendo causa de su desgracia, son parte de esta tiranía paterna difícilmente justificable por la situación de la que parten o por el esfuerzo que anteriormente habían hecho por los hijos.

LA RUPTURA DEL HOGAR Y LOS COMPORTAMIENTOS PSICOSOCIALES ANÓMALOS.

La ruptura de la unión familiar parece implicar en casi todas sus facetas y soluciones factores de degradación de peligrosas consecuencias individuales y sociales. No tiene, por tanto, nada de extraño el que la delimitación de su alcance haya atraído a tantos especialistas, algunas veces con detrimento de la propia objetividad científica. En este tipo de búsqueda es bastante fácil obtener y divulgar conclusiones prematuras. Pero lo es mucho menos conseguir elementos de control y deslindar los factores en juego.

Los hijos de familias rotas tienden a presentar mayor frecuencia en muchas de las manifestaciones de la conducta morbosa, destacando sobre todo en los porcentajes de los que asisten a clínicas de conducta o son controlados por hechos delictivos. Sin embargo, y esto no es más que una necesaria delimitación, los resultados no son tan claros como parece a causa de algunos factores que, dificultando la comparación, exageran las cifras de los caracteriales sobre todo.

En primer lugar es difícil y poco seguro que los chicos que asisten a las clínicas de observación representen a la población general; las muestras tienden necesariamente a inclinarse hacia hogares donde hay mayor porcentaje de hogares rotos, ya que están relacionadas con determinadas capas sociales y éstas, a su vez, varían los índices de cohesión familiar.

Una nueva causa de interferencia en la interpretación de datos que parecen muy sencillos debe ser atribuida a la menor resistencia de las familias de

(3) El 30 por 100 de los chicos se juzgaron feos, mientras que en el grupo de control sólo se llegó al 16 por 100. Véase García Yagüe, J.: *Facetas...*

constitución anormal a las manifestaciones de inestabilidad de los chicos, ya de por sí alterados a consecuencia de la situación del hogar. Una familia normal piensa mucho antes de conducir al chico a una clínica caracterial y agota todos los recursos. Muchas de las familias rotas, por el contrario, tienden a justificar en la personalidad del chico sus fracasos y falta de experiencia, buscando por todos los medios que la clínica corrobore sus suposiciones.

Finalmente hay una tercera y grave dificultad: la posible mayor fragilidad emotiva de los niños de familias rotas y el menor equilibrio congénito de los padres previo a la misma ruptura del hogar. Aunque hemos visto pocas investigaciones sobre la cuestión (4), parece haberse comprobado que los ambientes psicóticos aumentan la frecuentación de las clínicas a causa de la misma ansiedad de los padres, mientras disminuyen las probabilidades de que el matrimonio sobreviva y mantenga su unidad. El padre epiléptico o esquizofrénico tiene probabilidad de dejar una prole tarada, pero también las tiene de morir y romper antes el hogar a causa de su misma enfermedad.

Dicho en otras palabras: el alto porcentaje de chicos tarados de familias rotas ¿es consecuencia de la disociación familiar, o lo es de los antecedentes psicopáticos que suelen estar a la base de la ruptura?; ¿cuál es la parte de causa que corresponde a la ruptura y cuál a la herencia? He aquí unos graves interrogantes que no deben olvidarse en las consideraciones que estamos haciendo. Las diferencias (5) entre los porcentajes de caracteriales de familias rotas son, sin embargo, tan grandes y están tan vinculadas a situaciones concretas que, aunque se acepte la posible agravación de las cifras por cuanto hemos di-

(4) La mejor de todas es: Chombart de Lauwe, Mme.: *Milieu social et Psychiatrie infantile*, "Rve. de Neuropsychiat. Inf.", págs. 149-97, mayo-junio 1956.

(5) Además de la ya citada de Chombart de Lauwe, pueden incluirse: Loosli-Usteri, M.: *Los niños difíciles y su medio ambiente familiar*, pág. 234, Madrid, 1938. Banister, H., and Ravden, M.: *The environment and the child*, "Brith. J. of Psych.", XXXV, págs. 82-7, 1945

cho, podamos hablar de perturbaciones caracteriales provocadas por la ruptura del grupo normal.

En cuanto a las relaciones que existen entre disgregación familiar y delincuencia, los datos recogidos durante los últimos veinticinco años parecen mostrar que un porcentaje que oscila entre el 25 por 100 y el 65 por 100 de los delincuentes, algo más en las chicas, pertenecen a familias rotas (6). Hay mayor frecuencia de aportaciones en torno al 50 por 100 que de las inferiores. Las cifras que se dan por encima de estos dos límites, por ejemplo las de Heuyer o las de Dos Santos en Francia, suelen incluir familias que no están rotas en el sentido que hemos tomado, sino de forma más amplia y psicológica.

Las diferencias de estos datos con los de la población normal, aunque parecen menos criticables que los de chicos caracteriales, han llevado también a polémicas y a dudas entre estudiosos de conocida probidad. Aún queda por controlar el tipo y la proporción de familias rotas que hay en la clase de población de la que se nutren los tribunales de justicia y sobre todo la fuerza del ambiente extrafamiliar, especialmente de las condiciones de vecindad y de ubicación de las familias degradadas. Que estos datos pueden variar extraordinariamente las antiguas concepciones lo están poniendo de manifiesto las recientes estratificaciones estadísticas y las interesantísimas aportaciones de la Psicología social o la Pedagogía ambiental.

(6) Este grupo es numerosísimo y deben de consultarse fuentes especiales de información bibliográfica como Monasan, T. P.: *Family Status and the Delinquent child: A reapraisal and Some New Findings*, "Social Forecy", págs. 250-8, marzo 1957. Toby, J.: *The Differential impacts of Family Disorganisation*, "Am. Soc. Rev.", págs. 505-16, oct. 1957. Trabajos concretos merecen citarse: Friedlander, K.: *Psicoanálisis de la delincuencia infantil*, "B. A.", 1956. Dos Santos, J. A.: *Troubles de la conduite et milieu familial*, "Enfance", 93-122, marzo-abril 1949. Piquer y Jorcy, J. J.: *El niño abandonado y delincuente*, Madrid, 1946. Y sobre todo: Glueck, S., and Glueck, E.: *Delinquent in herbe*, París, 1956, 275 páginas.

JUAN GARCÍA YAGÜE.

crónica

XXI Conferencia Internacional de Instrucción Pública

Del 7 al 16 de julio último ha tenido lugar en Ginebra la XXI Conferencia anual, bajo los auspicios del Bureau International d'Education y la Unesco. Como se sabe, cada año se discuten los informes de los países adheridos relativos al movimiento legislativo en el

campo de la educación desde la Conferencia anterior y se delibera y se toman acuerdos, en forma de recomendaciones a los Gobiernos, sobre dos temas propuestos con anterioridad.

LAS DELEGACIONES.

El número de países adheridos a la Oficina Internacional de Educación es casi igual al de naciones dotadas de gobierno propio. No obstante, los países anglosajones han tardado más que los latinos y los eslavos en incorporarse a esta Organización. Inglaterra es uno de sus miembros más jóvenes, y los Estados Unidos han ingresado en ella este mismo año, por cierto con mucha decisión, enviando una delegación que se ha distinguido mucho por su dinamismo, compuesta por tres mujeres, presididas por Mr. WAYNE O. REED.